

A FINES DE 1963 ESTUVIERON A PUNTO DE ESTABLECERSE

LAS RELACIONES CON LA UNION SOVIETICA

LA normalización diplomática anunciada hace unas horas en Madrid entre los Gobiernos español y soviético cierra un largo paréntesis de incomunicación que se abrió con la guerra civil y que fue, poco a poco, a partir de 1958, tratando de reanudarse, por encima de graves dificultades y obstáculos. Por razones ideológicas los gobiernos de la República mantuvieron durante la guerra española una estrecha vinculación con el régimen de Moscú que suministró ayuda militar y civil a la zona republicana y recibió una importante parte del oro del Banco de España, en depósito, enviado por el Gobierno de Madrid. La división de voluntarios españoles que años más tarde combatió en las filas del Ejército alemán de invasión, en el frente ruso, señaló otro de los hitos del grave malentendido

PERO este esquema que los medios de comunicación del franquismo pregonaban incessantemente no correspondía a la realidad. La política exterior soviética era, ya entonces, pragmática y calculadora. Tuve yo la primera experiencia de ese realismo cuando gestioné en noviembre de 1954, siendo embajador en Washington, la entrada de España en las Naciones Unidas, como país observador, para dar paso después a la admisión como miembro de pleno derecho. Mi sorpresa fue el sentido de flexibilidad que en todo momento encontré en el jefe de la dele-

gación soviética. Sobolev, que más tarde se confirmó, al ser ella la que propuso precisamente nuestra candidatura, juntamente con otros, al ingreso en la Organización. Esa misma impresión la obtuve en París, durante mi jefatura de misión de 1960 a 1964. Mi antecesor, Casa-Rojas, hombre de muchos saberes, mantuvo con Sergio Vinogradoff, su colega ruso, una primera negociación, entre otras cosas, sobre el tema del oro, que, aunque no prosperó, sirvió para romper el hielo protocolario. Recogí la noticia de labios de mi predecesor, y a poco, a través de Manlio Brosio, eminente diplomático italiano, luego secretario de NATO, establecí con Vinogradoff una sólida relación que abrió una serie de contactos en profundidad entre los dos Gobiernos.

CASTIELLA dio su plena aprobación a las gestiones, si bien advirtiéndome sobre las enormes reticencias y rígidas oposiciones que el tema levantaba en los círculos más cerrados del franquismo. El general De Gaulle, que siempre tenía abierta "la línea de Moscú", para contrapesar el monopolio atlantista apadrinó la idea con alguna manifestación pública.

HABIAMOS previsto empezar por los intercambios comerciales; abrir representaciones consulares, realizar contactos culturales y deportivos y culminar en una normalización diplomática. El plazo para completar dicho programa no sería superior a dieciocho meses. A fines de 1963 podían haberse, pues, establecido las relaciones diplomáticas de Es-

que había de separar durante un largo periodo a nuestros dos países.

SE había creado—como en tantas ocasiones—una mitificación del "enemigo soviético" que era al propio tiempo un símbolo de la amenaza interior comunista. A esta simplificación contribuía, no poco, el clima predominante de la guerra fría, que a partir de 1948 se hacía presente en el contexto internacional como el factor decisivo de la tensión ruso-americana. Nosotros, insertos desde 1953 en el dispositivo estratégico de los Estados Unidos con los convenios de las bases, parecíamos olvidar la existencia de ese abismo que nos separaba de la Unión Soviética, cuya sola mención sería en aquellos años para despertar alergias viscerales en determinados círculos de poder.

paña con la Unión Soviética. Krutchev estaba de acuerdo con ese planteamiento general.

LA ejecución de Julián Grimau dio al traste con el proyecto, que se congeló definitivamente poco después. Krutchev envió un mensaje a Franco solicitando la conmutación de la pena. Poco antes había transmitido una nota sobre la desnuclearización del Mediterráneo en que por primera vez se dirigía el Gobierno soviético al Generalísimo, dándole, oficialmente, el tratamiento de Jefe de Estado español, lo cual suponía implícitamente un reconocimiento. Parece innecesario recordar que el gobierno republicano en el exilio no fue nunca reconocido por Moscú.

TRAIGO a colación estos detalles para mostrar qué acumulación de años perdidos produjo el dogmatismo cerril de nuestra más alta política en éste como en otros asuntos importantes de la acción exterior. Hace poco escuché con asombro a cierta personalidad, en una emisión televisiva, decir que Europa había ido perdiendo hoy los injustos prejuicios que tenía contra España por las supuestas incompatibilidades políticas de nuestras instituciones con las del Occidente. Creo que hay que decir la verdad cuando se habla de temas tan importantes. No es que en Europa se hayan acabado los prejuicios, sino que en España se ha acabado la dictadura. Y con ello ha venido, a medida que la Monarquía avanza en el camino hacia la demo-

José María DE AREILZA

Las relaciones con la Unión Soviética

cracia, una generalizada actitud de amistosa cooperación y normalidad.

ASI, ahora, la Unión Soviética y España establecen sus vínculos diplomáticos plenarios. Los antecedentes inmediatos hay que buscarlos en el mensaje de la coronación del Rey cuando se habló de relaciones diplomáticas con todas las naciones, sin excepción; en los acuerdos de Helsinki y en la misma carta de las Naciones Unidas. Rusia tomó ante el advenimiento del nuevo régimen una actitud de cautelosa expectación. A los pocos días de formarse el primer Gobierno de la Monarquía, el día 10 de enero de 1976, me entrevisté en París, en nuestra Embajada, que regentaba don Miguel Lojendio, con Chervonenko, su colega soviético en aquella capital. Fue una larga y sustanciosa conversación en la que abordamos el problema de la normalización diplomática plenaria entre España y Rusia, que ya habían establecido entre sí, desde 1961 y a lo largo de esos años, numerosos contactos y acuerdos de carácter comercial, sobre todo. Es preciso decir que si por un lado el Gobierno soviético avanzó con prudencia en el tema, marchando con deliberada lentitud, debido a la pesadez habitual de su máquina burocrática y a ciertas reticencias procedentes de los informes partidistas que recibía, también por parte española surgieron fuertes resistencias en los ro-

dajes que aún subsistían de la intransigencia anterior y que hacían cuanto era posible para retrasar la iniciativa, y aun torpedearla, por toda clase de conductos. Pero sobre esas últimas dificultades se ha impuesto la fuerza de la realidad. Y el impulso irreversible de la evolución española hacia la democracia ha traído consigo la serie de normalizaciones diplomáticas a las que hoy asistimos y que se completará dentro de poco con alguna más. La cosecha hábilmente recogida por el ministro Marcelino Oreja no puede ser más fructífera y espectacular y representa un acontecimiento importante en la historia de nuestras relaciones exteriores.

EN el contexto internacional de nuestros días, la dialéctica de las dos superpotencias

nucleares, que se halla en la fase de distensión, rivalidad competitiva y cooperación, constituye el panorama de fondo sobre el que se debaten los grandes temas mundiales que afectan prácticamente a las ciento cincuenta naciones del mundo. España, que dentro de su dimensión y poder, de tamaño medio, tiene una indudable proyección europea y americana, no podía quedar amputada de esa conexión que ahora se inicia y que le facilita una serie de elementos nuevos para apoyar su política exterior con más amplios márgenes de maniobra. La era del maniqueísmo ideológico se ha terminado para dar paso a una etapa de realismo pragmático y de racionalidad al servicio de los intereses de España.

José María DE AREILZA